

La santidad de Dios

1. La santidad divina es síntesis y coronación de todo lo que venimos diciendo sobre la «estructura» de la vida divina. No entendemos aquí la santidad en sentido moral, sino en sentido ontológico. Ciertamente es que ésta debe ser considerada como el fundamento de la santidad entendida en el sentido de perfección moral. La santidad entendida en sentido ontológico se manifiesta bajo la forma de actividad moral y ésta se deriva de la santidad entendida en el sentido de cualidad ontológica. La una no se puede separar de la otra. El concepto de santidad comprende las dos. De este concepto homogéneo y amplio vamos a entresacar la santidad entendida en sentido ontológico. De la santidad divina entendida en sentido moral trataremos cuando nos ocupemos de la voluntad divina. Como quiera que las dos formas de santidad van unidas de un modo íntimo, no se pueden separar la una de la otra en la exposición. Pero en este lugar el acento recae sobre la santidad ontológica.

2. La santidad considerada como atributo ontológico es el modo de existencia de Dios. Cuando decimos de Dios que es santo, queremos decir que es distinto de las criaturas, distinto de todo lo que conocemos mediante la experiencia, que es superior a los hombres y a las cosas, que da su forma a la Naturaleza y a la Historia, obrando libre y autocráticamente. La superioridad y trascendencia de Dios se manifiestan bajo dos formas: bajo la forma de majestad sacrosanta, inaccesible, terrible y amenazante, y bajo la forma de poder atrayente, beatíficamente bueno y benéfico; bajo la forma de juicio y justificación, de justicia y de amor

(véase R. Otto, *Das Heilige*, 1939; Hessen, *Das Heilige*, 1936). La santidad de Dios despierta en el hombre sentimientos de temor y de amor, de estremecimiento y fascinación. Le aparta de Dios y le atrae hacia Él. Estas actitudes se juntan y potencializan en la adoración. La adoración es la actitud con que el hombre responde a la santidad de Dios.

3. a) En la revelación del Antiguo Testamento la «santidad» aparece como el principal atributo divino. Es omnipotente superioridad, majestad y absoluta independencia. No es un atributo cualquiera junto a todos los demás. Es más bien el atributo en virtud del cual Dios aparece como tal. Compenetra y da forma a todas las demás cosas que podemos afirmar de Dios. Para expresarla, la Escritura usa sobre todo las imágenes de «trono» y «morada celestial». Ya se dijo en otro lugar que con estas imágenes no se afirma que Dios dependa del espacio. Con ellas se manifiesta la superioridad y trascendencia divinas, una cualidad de Dios y no un aspecto cuantitativo divino. Por eso carecen de sentido y son meras locuras las burlas de David Friedrich Strauss y de sus seguidores cuando afirman que Dios ha perdido su habitación celestial a causa de los progresos de las ciencias naturales y de la técnica, puesto que el hombre ha llegado a conquistar para sí mismo los espacios que antes pertenecían a Dios. Precisamente con la palabra cielo se piensa en la trascendencia de Dios, debido a la cual el hombre no puede ni buscarle ni encontrarle con los medios de las ciencias naturales.

La santidad de Dios se manifiesta en su actividad. En sus obras se manifiesta Dios como un ser que trasciende todo lo creado, que es interna y esencialmente distinto de esto, que está rodeado de misterio, que juzga y da la gracia, que debe ser venerado, temido y amado por el hombre. Nadie puede compararse con Él (*Is.* 40, 25). Su actividad es tan distinta de la del hombre, que cuando interviene en la Historia como sujeto operante los hombres tienen que conceder y confesar: Esto lo ha hecho el Señor. En tal actividad se manifiesta como santo, como un ser infinitamente distinto de todos los hombres (*Is.* 41, 8 y sigs.). Revela que es Dios y no un hombre, el santo en medio del pueblo (*Os.* 11, 9). La revelación de la santidad es idéntica a la revelación de la divinidad (*Is.* 40, 25). La santidad es el misterio de Dios (*Is.* 45, 15). El nombre de Dios, es decir, el nombre con que se le revela al hombre la esencia divina, es «santo» (*Lev.* 20, 3; 32, 2). Por eso,

cuando Dios dirige su palabra a los hombres (*Ps.* 105, 42), cuando les envía su Espíritu (*Ps.* 51, 13; *Is.* 63, 10-19), es decir, cuando sale de su inaccesibilidad, manifestándose a los hombres, entonces éstos experimentan que es santo, que es el que juzga y santifica, el que sana y salva. Jura por su nombre (*Am.* 4, 2; *Ps.* 60, 8; 89, 36; 108, 8), por su esencia infinitamente superior a todo lo creado. Se ofrece a sí mismo como garantía de sus afirmaciones. No puede nombrar ningún otro testigo ya. No puede ir más allá.

Concretamente la santidad de Dios se manifiesta como amor digno de ser venerado, y aun terrible, como amor redentor y salvador. «¿Quién como Tú, oh Yavé, entre los dioses? ¿Quién como Tú, magnífico en santidad, terrible en maravillosas hazañas, obrador de prodigios?» (*Ex.* 15, 11; véase *Ps.* 89, 9; *I Sam.* 6, 20; *II Sam.* 6, 6 y sigs.). Cuando Dios manifiesta su presencia, miedo y terror se apoderan del hombre (*Ex.* 3 y 4). Cuando Isaías fué elegido profeta, vió a Dios sentado en un trono elevado y sublime. La cola de su vestido llenaba el Templo. Los serafines estaban de pie ante Él. Cada uno de ellos tenía seis alas. Con dos se cubrían el semblante, con dos los pies y con las otras dos flotaban en el espacio. El uno decía al otro: Santo, santo, santo es el Señor de los Ejércitos. Toda la tierra está llena de su gloria. En aquel momento Isaías percibió un sacudimiento que se continuó en el temblor desde el dintel de la puerta. Experimentó la diferencia que había entre Dios y él, y creyó tener que sucumbir de miedo y espanto (*Is.* 6, 1-6). Como lo demuestra esta descripción, la gloria de Dios está en relación con su santidad. Es su manifestación y efecto. Ante el Dios santo el hombre cae de rodillas para ensalzar y adorar». «Dios reina, temen los pueblos, tiembla la tierra. Grande es Dios en Sión, excelso sobre todos los pueblos. Alabado sea tu grande y terrible nombre: es santo» (*Ps.* 99, 1-9 (véase *Ps.* 33, 21; 103, 1; *Is.* 8, 12 y sigs.; 29, 23).

El nombre de Dios tiene que ser santificado. Los hombres deben tomar en serio a Dios. Su voluntad ha de ser respetada (*Is.* 29, 21-24; 8, 11-13; *Ps.* 111, 9; *Is.* 1, 4; 5, 24; 30, 11-15; 48, 17 y sigs.; *Ex.* 39, 25-29). La veneración que debemos a Dios no tiene que ser consagrada a ningún otro ser. Porque sólo Dios es el Santo. La idolatría es un sacrilegio e injuria contra Dios (*Deut.* 6, 4; 23, 18; *Ez.* 20, 39-41; 36, 29-35; *Os.* 5, 3; 6, 10; 9, 4).

Cuando el hombre profana el nombre de Dios, es Dios mismo el que vuelve a santificarlo. Revela a los pueblos su santidad,

excelsitud e intangibilidad, ejerciendo poder y señorío (*Is.* 5, 16; *Ez.* 20, 41; 28, 22-25; 36, 23; 38, 16; 39, 21-29; *Núm.* 20, 13; *Lev.* 10, 3; *Ex.* 29, 43; 22, 32). Hace que los pueblos experimenten su santidad manifestándose como Señor que no es responsable ante nadie de sus obras, que no puede ser juzgado por nadie, condenando la infidelidad y la soberbia (*Is.* 10, 21; 4, 3; 5, 16; 6, 5; *Os.* 5, 3; 6, 10; 9, 4). El «Santo» se convierte en llama que devora todo lo profano (*Is.* 10, 16).

Pero los juicios de Dios son los juicios de la gracia. Tienen fuerza creadora y vivificadora. La santidad de Dios se manifiesta como *amor* que transforma y crea de nuevo. Es lo más incomprendible en Dios. La santidad de Dios encierra en sí el amor creador que puede matar, pero que también puede dar vida (*Os.* 6, 1 y siguientes; 14, 9). Ningún hombre es capaz de lo que Dios puede en virtud de su santidad, es decir, no es capaz de amar la naturaleza pecadora; por eso sigue subsistiendo la oposición entre Dios y el hombre precisamente en el amor que suprime esa oposición. En el amor, al acercarse al hombre manifiesta Dios su excelsitud con respecto al hombre (véase *Is.* 41, 14; 4, 3-14; 45, 18 y sigs.; 47, 4). Por eso, su santidad no sólo produce miedo, sino que es también la madre de la fe, de la confianza, del amor y de la alegría. (*Ps.* 33, 21; 103, 1; *Os.* 11, 9; *Num.* 20, 12; *Is.* 10, 20; 17, 7; 29, 19; 31, 1; 41, 14-16, 43, 3-14; *Hab.* 1, 12). Se burlaría de Dios el que en lugar de poner en él su confianza la pusiese en caballos y carros (*II Reg.* 19, 22; *Is.* 37, 23).

Si Dios es santo, será también santo todo lo que le pertenece: el templo, el altar, el sábado, la alianza, el pueblo, el cielo, los ángeles.

b) El Nuevo Testamento no llama a Dios santo con tanta frecuencia como el Antiguo Testamento. No obstante, también en él la santidad divina lo domina todo. Entre los textos que expresamente dan testimonio de la santidad de Dios enumeramos los siguientes: La exclamación de los serafines que oyó Isaías resuena también en el cántico ininterrumpido de los cuatro vivientes, de quienes habla el Apocalipsis de San Juan (4, 8 y sigs.). La escena pasa en el cielo, en el espacio trascendente reservado para Dios, en el cielo que pertenece a la esfera de lo santo. Se dice de Dios que es el todopoderoso, el que era, el que es y el que vendrá. La omnipotencia y la eternidad son, pues, notas esenciales de la santidad. El santo vengará la sangre de los mártires. Si se calla

todavía y deja que las cosas sigan su camino como si no existiese, lo hace porque quiere que se complete el número de los testigos elegidos (6, 10 y sigs.). Como misterio de Dios aparece la santidad en el Evangelio de San Juan cuando Cristo ruega por sus discípulos: «Padre santo, guarda en tu nombre a estos que me has dado» (17, 11). En su cántico de alabanza al poder y grandeza de Dios, a su justicia y a sus juicios y a su eterna felicidad, María intercala la siguiente confesión de fe: santo es su nombre (*Lc.* 1, 49). San Pedro exhorta a los lectores de su epístola que sean santos, conforme a la santidad del que les ha llamado (*I Pet.* 1, 15). En el Padrenuestro los cristianos piden que sea santificado, venerado y adorado el nombre de Dios, es decir, la esencia de Dios, el Yo divino que se cuida de nosotros.

La santidad de Dios ha aparecido visiblemente en Cristo, que es el «Santo de Dios» (*Mc.* 1, 24; *Lc.* 4, 35; *Io.* 6, 69); es decir, el que pertenece a Dios, el enviado divino. Con esta denominación se expresa que Cristo es de arriba, no de abajo, que es infinitamente superior al hombre, que es de naturaleza divina. La palabra en cuestión da testimonio de la divinidad de Cristo (véase *Lc.* 1, 35; *Apoc.* 3, 7; 6, 10). De Cristo se dice también que es el «siervo santo (de Dios)» (*Act.* 3, 14; 4, 27-30). Esta expresión indica que ha sido santificado, que ha sido escogido para la obra mesiánica, para el sacrificio; más aún, indica que Cristo mismo es la víctima santa que se ha ofrecido para redimir los pecados del hombre (véase *Hebr.* 9).

De la gloria de Cristo da testimonio el Espíritu Santo, a quien Él envía (*Io.* 15, 26). Es santo este Espíritu por ser Espíritu de Dios y no de los hombres.

El día de Pentecostés el Espíritu Santo descendió sobre todos los que estaban reunidos en Jerusalén, convirtiéndolos en su santo templo (*Act.* 4, 27, 30 y sigs.). Ha creado en ellos la vida de Cristo. De este modo surgió una nueva comunidad santificada en Jesucristo (*I Cor.* 1, 2; 3, 17; *Phil.* 1, 1; *Eph.* 2, 21). Esta comunidad es santa porque ha sido escogida por Dios que la ha sacado fuera del mundo, en tanto que éste está sometido a la ley de su autocracia (*I Pet.* 2, 9; *Rom.* 6, 15-16; 15, 25; 1, 7; *I Cor.* 1, 2; 16, 1; 15, 16; *II Cor.* 8, 4; *Eph.* 1, 1, etc.). En estos textos, la palabra «santo» tiene el sentido de «llamado», «elegido» (*Rom.* 1, 7; *I Cor.* 1, 2-24). Santa es, en primer lugar, la comunidad de los cristianos, el pueblo que Dios ha escogido, el Pueblo de Dios neotestamentario, que es el heredero del pueblo de Dios del An-

tiguo Testamento. Es un pueblo santo porque no ha nacido ni vive conforme a las leyes de la historia terrena, sino que ha sido formado por el Padre mediante Cristo en el Espíritu Santo (*I Pet.* 2, 9 y sigs.). En él va impresa la imagen de Cristo. Sus miembros son santos a causa de su pertenencia a la comunidad santificada, porque pertenecen a una comunidad santificada (*Phil.* 4, 21). En el bautismo, el Espíritu Santo les signa con el sello de Cristo. Los santos forman una comunidad que ha sido creada en el sacrificio de Cristo (*Col.* 3, 12; *Rom.* 12, 1; 15, 16). El que pertenece a ella es ofrenda expiatoria. Los «Santos», los llamados y consagrados por Dios toman parte en la gloria de Dios. Esta es su herencia (*Eph.* 1, 18; *Col.* 1, 12). La santidad de los que pertenecen a Cristo es una determinación y nota de su ser. No obstante, este atributo ontológico es el fundamento de un nuevo comportamiento, correspondiente al modo nuevo de ser. La santidad ontológica, la pertenencia a Dios tiene que manifestarse en una actividad del mismo orden y categoría. Pero la primera permanece aun cuando falte la segunda (*I Pet.* 1, 15 y siguientes; *Eph.* 4, 12; *Rom.* 1, 24; 6, 19; 15, 25; *I Cor.* 16, 15-20; *II Cor.* 8, 4; 9, 1; 13, 12; *Eph.* 5, 5; *I Thess.* 5, 26, etcétera). Véase el Tratado sobre la Gracia y el § 97. Véase también Th. Steinbüchel, *Die philosophische Grundlegung der katholischen Sittenlehre*, 1938, págs. 25 y sigs.; J. Dillersberger, *Das Heilige im Neuen Testament*, 1926; artículo hagios en *Wörterbuch zum Neue Testament*, I, 87-112, por Procksch.

Después de haber expuesto la estructura de la vida y ser divinos, vamos a comenzar con el estudio de la vida divina misma. Trataremos de dar respuesta a la siguiente pregunta: ¿cómo es la vida cuya estructura hemos venido describiendo hasta ahora, es decir, la vida divina simple, eterna, inespacial, inmensa, infinita, perfecta, noble y santa?